

cia para llevar armas. Cuando Durepaire se estaba negando á firmar la declaracion, apareció de improviso Aimé Sirey, y adelantándose hácia Durepaire, le dijo:

—¡ Ah! ¡ caballero! ¿ por fin se os encuentra?

—Caballero, á mí se me encuentra siempre.

—¿ Quereis batiros conmigo?

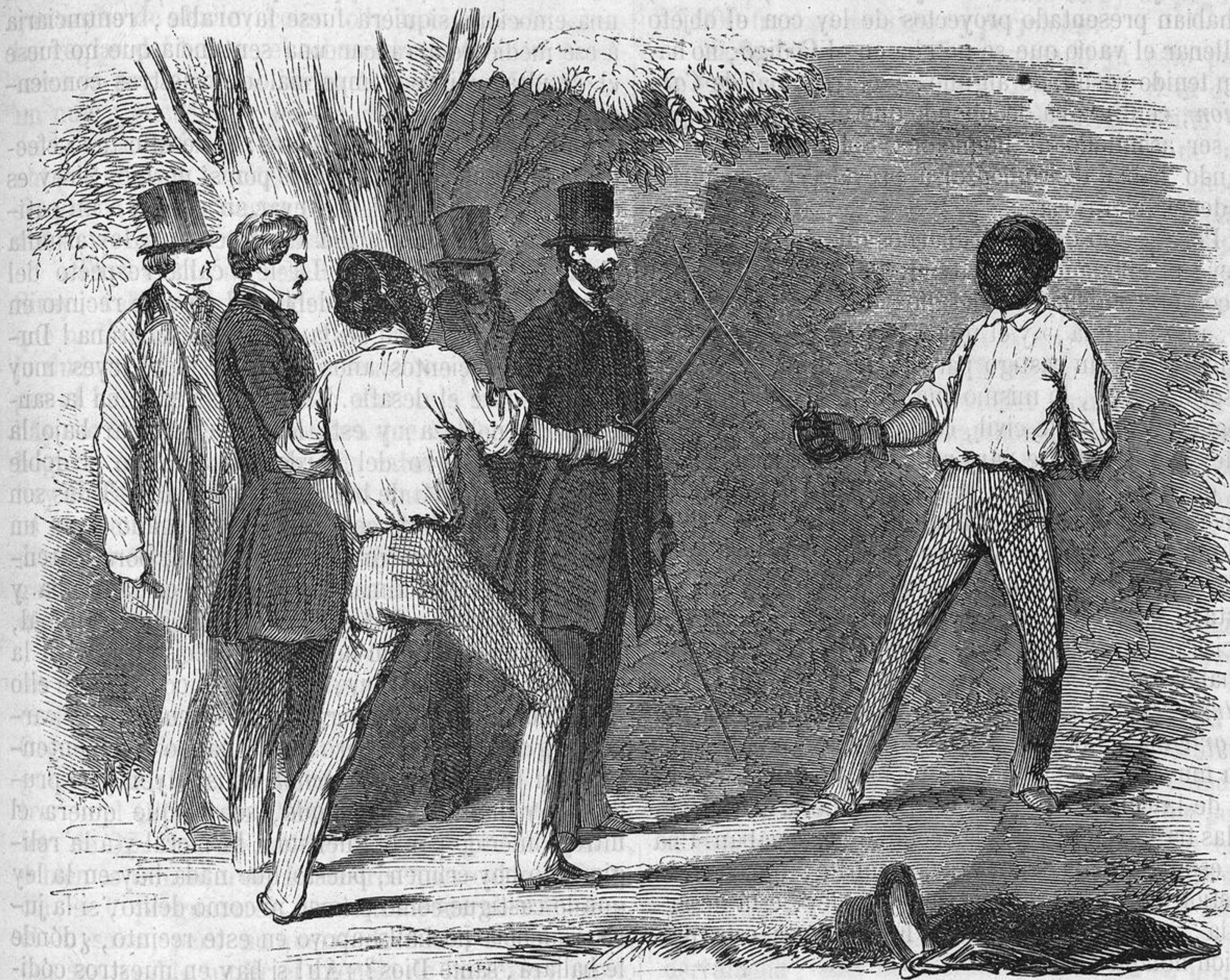
—No señor.

—¿ Quereis retractar las injurias que dirigíais á mi padre?

—No señor.

Sirey se adelantó, y pegó una bofetada á Durepaire.

El desafío habia llegado á ser inevitable. Los dos padrinos de Durepaire, M. de Parny y M. de la Rifandiere, comprobaron en casa de Grisier la comple-



Se encontraron los adversarios detrás del parque de Issy.

ta inesperienza de aquel á quien iban á asistir. La eleccion de armas era evidente que pertenecia á Durepaire, y sus padrinos escojieron el sable, el cual habia de igualar algo mas las probabilidades. Los padrinos de Sirey, hijo, negaron el derecho de eleccion, y fue preciso que la suerte decidiese la cuestion á favor del sable. Entonces formuló Sirey la pretension de batiirse con careta y guantes; Durepaire concedió esta nueva condicion, inspirada á Sirey por su vanidad de buen mozo.

El dia 28 de noviembre, á la caida de la tarde, se encontraron los adversarios detrás del parque de Issy. Al cabo de algunos momentos, cayó Sirey levemente herido; Durepaire iba á dar otro golpe, cuando uno de los padrinos apartó el arma. Sirey se levantó; comenzó de nuevo el combate; transcurri-

dos algunos minutos, Sirey recibió otra herida, y casi en el mismo instante, cayó Durepaire mortalmente herido. Al dia siguiente, espiró.

El combate habia sido leal; pero las jactancias de Sirey y la cuestion de dinero que habia sido causa de aquel desafío, hicieron que, sin razon, se sospechase del vencedor. La justicia se conmovió, y el dia 26 de agosto de 1836, compareció Sirey ante el tribunal de Assises del Sena.

Le defendia M. Cremieux; la viuda Durepaire intervenia en la causa como parte civil, en calidad de tutora de su hijo. Los interrogatorios y las declaraciones demostraron una complicacion de intereses y de odios; pero resultó que la muerte de Durepaire debia ser atribuida á un mútuo furor, ciego, y no á una traicion ó á una villanía.